

Es propiedad de la Junta de
Propaganda Patriótica y ciu-
dadana. Derechos reservados
para todos los países.

*Este trabajo de traducción lo
dedica el Marqués de Quinta-
nar, Conde de Santibáñez del
Río, a S. M. el Rey D. Alfonso
XIII (q. D. g.) su Augusto Se-
ñor, gran amante de Portugal y
entusiasta de su gloriosa histo-
ria.*

*A la memoria de aquellos soldados españoles
que, regando con su sangre anónima las peñas
de Marruecos, supieron dar vida, en un siglo sin
esperanza, a toda la grandeza histórica de la
Península.*

ANTONIO SARDINHA

“Nuestra familiar convivencia con
España sólo puede parecer peligrosa a
aquellos en cuya alma tibia se debilitó
el altivo e intransigente sentimiento de
la patria.”

(Exortação á Mocidade)
Carlos MALHEIRO DIAS

PROLOGO

Tuvo el general Primo de Rivera particular empeño en prologar esta obra, que ha esperado en la imprenta muchos meses, en la ilusión de que el volumen apareciera precedido de su palabra autorizada. No ha podido ser. La presión de los negocios públicos, sobre todo en el último año de su vida, fué tan abrumadora, que no hubo nunca momento en que el presidente del Consejo pudiera concentrarse para escribir su pensamiento sobre los vastos temas que ofrece el libro de Sardiña a la meditación de las mentalidades gobernantes.

Hemos de quedarnos sin saber lo que pensaba de La Alianza Peninsular el llorado jefe del Gobierno español. Tenemos derecho, sin embargo, a postular su simpatía, en general, con las tesis de la obra, no sólo por su decisión de prologarla, sino por los actos de su política respecto a Portugal, todos ellos de franca amistad, lo mismo en lo grande que en lo chico. Durante su gobierno se resolvió la antigua y magna cuestión de los Saltos del Duero, en que las dos naciones estaban atascadas desde hace varias décadas. En 1928 se firmó el Tratado de Arbitraje entre ambos pueblos. Ese año también se estudiaron los preliminares para un posible Tratado de Comercio. En 1927 se suprimió, a instancias del Gobierno portugués, el coeficiente por moneda depreciada que regía en las aduanas españolas para las importaciones de Portugal. Ese año con-

ferenciaron las administraciones de los ferrocarriles portugueses, españoles y franceses para la mejora del tráfico, y se tendió un cable de Málaga a Lisboa. Al año siguiente se estableció el teléfono directo entre Lisboa y Madrid. Numerosos intelectuales españoles han visitado en estos años el país vecino para estudiar asuntos portugueses. En ese tiempo se ha preparado la construcción de la Casa de España en Lisboa, para sede de nuestro Consulado, Patronato del Turismo y Cámara de Comercio. En octubre de 1928 se celebró en Madrid la Exposición del Libro Portugués. En julio del año anterior había visitado Lisboa la Banda Municipal de Madrid. El "Almirante Cervera" fué a Lisboa en abril de 1929. En Viana do Castelo y en Mondariz se entrevistaron nuestro presidente del Consejo y el de Portugal. En octubre de 1929 nos visitó el presidente Carmona. Inútil decir que estas entrevistas y visitas suscitaron en los periódicos los comentarios más afectuosos para los dos países. Al crearse en España el Patronato Nacional del Turismo se ha instituido, por iniciativa del marqués de Quintanar y decisión del general Primo de Rivera, una Delegación especial para las relaciones con Portugal, cosa que no se ha hecho con ningún otro país. La misma publicación de La Alianza Peninsular, en los folletones de La Nación, dice ya por sí sola lo que de Portugal sentía el general Primo de Rivera.

Es que el patriotismo del buen español no puede contentarse con amar a España. Algo hay de común, además de la sangre y del idioma, en todos los pueblos hispánicos, y eso que tienen de común es lo que en ellos vale más. Sardiña recuerda en su libro que cuando era joven Primo de Rivera tuvo que pelear en Filipinas con el cabecilla Aguinaldo. Lo recordó el propio Aguinaldo al celebrarse en Manila, el 25 de julio de 1924, el día del Apóstol Santiago, que tomó aquel año la designación especial de "Fiesta de España". En el diario de Manila La Defensa, escribió Aguinaldo: "España, por medio de la fe cristiana, ele-

vó a sus colonias a su propio nivel, comunicándolas los mismos cánones espirituales y morales que ella profesa." Y el antiguo rebelde acabó llamando a España: "Querida madre de Filipinas". Pero la lectura del libro de Sardiña ilustrará este punto del común patrimonio hispánico, con tanta claridad, que me parece muy difícil que pueda avergonzarse de ser español o portugués o hispano-americano el hombre que medite sobre los conceptos que en este volumen se van desarrollando. De lo que se avergonzará es de no poseer las cualidades y virtudes adecuadas para poder servir con eficacia el ideal elevadísimo que los pueblos hispánicos han defendido y difundido en sus mejores tiempos.

La publicación en libro castellano de La Alianza Peninsular va a servir para que empiece a erguirse, entre los pueblos de nuestra habla, una figura que antes de mucho tiempo se alzaré en el horizonte del espíritu como uno de los grandes profetas de la Hispanidad. Apenas se explica que nadie pueda lograr lo que Antonio Sardiña en los treinta y siete años de su vida. Nació en Monforte de Alentejo en septiembre de 1887; se doctoró en Derecho en Coimbra el 25 de julio de 1911; fué diputado monárquico, bajo la presidencia de Sidonio Paes, en 1918; vino desterrado a España en enero de 1919, volvió a Portugal en mayo de 1921, y allí murió en enero de 1925. En tan breve plazo logró persuadir a los intelectuales portugueses de su generación de que la mayor necesidad de Portugal es "reaportuguesarse". Y como su estancia en España le mostró que los españoles padecíamos del mismo daño que los portugueses, pero en mayor escala, escribió La Alianza Peninsular, en primer término, para que los pueblos hispánicos de Europa nos rehispanicemos, y también para que nos hermane la conciencia de nuestra común misión histórica.

Antonio Sardiña fué el creador y el propulsor del movimiento llamado "integralista", cuya idea madre consis-

ta en la creencia de que la salud de la sociedad portuguesa sólo podía hallarse "en el regreso a las condiciones naturales de su formación y desenvolvimiento". Lema para esta regresión lo halló Sardiña en una frase de Renan: "Hay que tomar el partido de nuestros mayores contra el partido de nuestros padres". Los padres espirituales de Sardiña, Eça de Queirós, Guerra Junqueiro, Ramalho Ortigão, Fialho d'Almeida, y un poco más atrás Oliveira Martins, Antero de Quental y Camilo Castello Branco, constituyeron dos generaciones de escritores que habrían llenado el mundo de haber nacido en alguno de los pueblos donde en aquellos tiempos se fabricaban las grandes reputaciones literarias. Todos ellos fueron patriotas, tan saturados de la grandeza de Portugal en el pasado como desesperados de su pequeñez contemporánea. Recordad el sarcasmo de Queirós:

"Todavía ayer pensaba yo que nosotros, los peninsulares, no hemos sido siempre una nación estrecha, de pequeñas tendencias, soñolienta, chata, fría, burguesa, llena de espantos y de servilidades; y que esta vieja esquina de la tierra, llena de árboles y de sol, había sido patria fuerte, sana, viva, fecunda, hermosa, aventurera, épica. ¡Ah!, fué hace mucho tiempo..."

El contraste entre el esplendor histórico y la mezquindad presente hizo pensar a aquellas luminosas almas emancipadas, pero creyentes del dogma de Rousseau: "El hombre nace libre, y se encuentra dondequiera encadenado", que lo que Portugal necesitaba es que se "le sacudieran las cadenas", y se pusieron a destruir lo que quedaba de sus instituciones tradicionales: los respetos sociales, el orden monárquico y la fe religiosa. Cuando Sardiña empezó a escribir, en 1911, al antiguo entusiasmo que sintieron estos hombres por su lema de borrón y cuenta nueva había sucedido la desilusión. Castello Branco, el novelista del individualismo, y Antero, el espectral, se habían suicidado hacía ya tiempo, y todos los demás, Oliveira Mar-

tins, Ramalho Ortigão, Eça de Queirós, Fialho d'Almeida y Guerra Junqueiro habían ya expresado su arrepentimiento o estaban en camino de expresarlo. El propio Guerra Junqueiro repudió antes de morir su libelo anticristiano, La vejez del Padre Eterno, y expurgó de su libro Patria los pasajes denigrantes para la dinastía de Braganza y para el desgraciado rey Carlos I, que tanto habían contribuido a la revolución.

Pero de desencanto no se vive. La originalidad de Sardiña fué comprender que Portugal necesitaba una doctrina, una finalidad, una razón de ser. Cada país ha de buscar en su pasado su idea directriz, y lo que la historia de Portugal y España le ha enseñado a Sardiña es que nuestros dos pueblos son monarquías católicas que prosperaron y florecieron en tanto que el mundo concebía al hombre como persona, es decir, en la familia, en el gremio, en el municipio, en la nación. Personalidad, dicen los diccionarios filosóficos, es lo que el individuo sólo alcanza en la sociedad y en reciprocidad con los demás. Desde la hora nefasta en que prevaleció en el mundo el sentido "individualista" de los hombres y de los pueblos, España y Portugal empiezan su declive, que no cesará, según Sardiña, hasta que los dos pueblos peninsulares se quiten de encima la túnica de Nesos, que los envenena y paraliza, y recobren el espíritu que les hizo imponer en Trento el dogma español de la posibilidad de salvación de todos los hombres de la tierra, por cuyo dogma incorporamos a nuestro propio ideal de civilización a todas las razas con las que nos pusimos en contacto, en vez de limitarnos a explotarlas o de buscar pretexto en su inferioridad para acabar con ellas.

La época del individualismo ha pasado. La guerra europea marca el principio del fin para la insularidad de las naciones. La revolución social y su desastre nos dicen que tampoco puede mantenerse mucho tiempo la economía del egoísmo. Las energías morales de los pueblos hispánicos

se hallan intactas. ¿Por qué no alumbrarse su manantial secreto, que es su sentido histórico? Reconquistemos el alma nuestra y ya no será posible que se atribuya a un Cánovas del Castillo la definición que decía: "Son españoles... los que no pueden ser otra cosa", ni tampoco que un *Castello Branco* se suicide, escribiendo: "Sea bueno y virtuoso quien lo pudiere ser", porque con ese fatalismo de los predestinistas habremos acabado para siempre.

Al recobrar su propia esencia, España y Portugal han de volver a la política de colaboración de sus mejores tiempos. Esa fué la política que Camoes preconizaba. Nada de iberismo. Esta palabra no le inspira a Sardiña sino repulsión, porque es caótica y confusa, y Sardiña ha dedicado buena parte de su labor a mostrar los rasgos característicos de su nación portuguesa. En vez de iberismo, "alianza peninsular". Esa era también la idea de Oliveira Martins: "Unión de pensamiento y de acción e independencia de gobierno es, a nuestro modo de ver, la fórmula actual sensata y práctica del iberismo." Sardiña escribe: "La unidad hispánica exige, por el contrario, que los dos pueblos se mantengan libres en su gobierno interno, aunque unidos militar y diplomáticamente para la defensa común porque común, pensándolo bien, es el patrimonio que a ambos pertenece."

Creo que el pensamiento central de Sardiña puede expresarse en su mito favorito del rey Don Sebastián, que tiene la cara encubierta, pero que un día aparecerá por la boca del Tajo y volverá a Portugal a su grandeza, creando el Quinto Imperio. Es el mito de la esperanza, que ha permitido vivir al pueblo lusitano en estos siglos de tristeza para los dos pueblos hispánicos de Europa. La verdad que encierra es que ha de llegar la hora en que el pueblo portugués se descubra a sí mismo que tiene el alma grande, como Don Sebastián, y ese descubrimiento le sacará de su apatía. Si esta interpretación es cierta, el Encubierto ha llegado ya a Lisboa. Pidamos al cielo que

no se quede en la boca del Tajo, sino que remonte el río contra la corriente, a trancas y barrancas, aguas arriba, hasta subir al Manzanares y plantarse en Madrid por la mismísima Puerta de Toledo. Y cuando se le vea la cara recobrará España su valimiento antiguo, porque huirán espantados los demonios extranjeros que actualmente poseen a sus intelectuales, y se unirán su alma y su cuerpo en su inmortal espíritu.

Puede apostarse a que el ánima del muerto dejará la gloria en ese día por ver tal espectáculo, y que le acompañarán en su júbilo los intelectuales portugueses, en que tanto influyó: Hipolyto Raposo, José Pequito Rebelo, Luis de Almeida Braga y el conde de Monsaraz, sus compañeros de Universidad, y otros de más edad, como los poetas Eugenio de Castro y Alfonso Lopes Vieira, Manuel da Silva Gayo, el secretario de la Universidad de Coimbra; Antero y Fidelino de Figueiredo, Carlos Malheiro Dias, que le dedicó un libro; Rodrigues Cabalheiro, Manuel Murias, que le sustituyó en la dirección de su revista *A Nação Portuguesa*; y que no faltarán en esa hora de júbilo sus amigos brasileños, como el doctor Manuel Oliveira Lima, Jackson de Figueiredo y el fallecido doctor Eliseo de Carvalho. Y allí estaremos también en alguna forma los españoles que fuimos sus amigos en su destierro y llegamos a simpatizar con sus doctrinas: Vázquez Mella, el conde de la Mortera, el historiador Ballesteros, el marqués de Figueroa, doña Blanca de los Ríos, el marqués de Lozoya, don Angel Herrera y el propio marqués de Quintanar, su gran amigo y traductor, de quien tomo los datos biográficos.

Quisimos a Sardiña, como Sardiña nos quería. Quisimos su éxito, como él quería la prosperidad y la grandeza de España, sin celos, ni recelos, ni reservas. Lejos de adoptar aquella política internacional que no ve otro modo de proveer a la propia seguridad más que debilitando a los vecinos, Sardiña quiso una España vigorosa y unida.

De ahí las elocuentes palabras con que en su libro *Da Hera nas Colunas* sugiere a Galicia su misión hispánica:

“¿Adónde tenderá Galicia con voz escuchada en las direcciones de la España contemporánea? ¿Tenderá a una disociación, en que todos nos consumiríamos gastados en anárquicas discordias intestinas y en las luchas destructoras del porvenir que nos espera? ¿O tenderá a facilitar la realización del hispanismo, como sinónimo de la civilización que, encadenando el Atlántico en su formidable abrazo, lo convierta verdaderamente en un mare nostrum?”

Y es que Sardiña supo que la principal misión de los pueblos hispánicos ha de ser la de velar por su patrimonio común, que es su valor ante la Historia Universal. Fuimos nosotros los que al unir los dispersos Continentes y crear la unidad de la Tierra dijimos a los hombres de las distintas razas que todos ellos podían salvarse, lo que en lenguaje de tejas abajo significaba que todos ellos pueden progresar, e implicaba el deber de ayudarles para esta elevación. Y, después de todo, cuando se compara este sentido nuestro de la civilización con aquel otro ideal de libertad que abandona a los pueblos inferiores a sus supersticiones y degradación, para mejor explotarlos, o con aquel empeño de conceder la ciudadanía a los que no han sido preparados para ejercerla, o con el que intenta nivelar a los hombres suprimiéndoles el alma y reduciendo su existencia a mera biología, el ideal hispánico del siglo XVI resultará ser el más generoso que jamás concibieron los hombres, y el más hacedero, y el único que lleva, a la hora actual, el porvenir en el bolsillo.

RAMIRO DE MAEZTU

PRÓLOGO DE LA EDICIÓN PORTUGUESA

Quienes no conozcan de Antonio Sardinha sino sus obras poéticas tan difundidas en manos españolas, se sorprenderán acaso al leer el título que campea en la cubierta de este libro: “*La alianza peninsular*”, sugestivo ciertamente, pero evocador de imágenes y reflexiones, muy alejadas, en apariencia, de las que tanto abundan en los cadenciosos y exquisitos versos del autor. Sin embargo, los críticos literarios, bien advertidos de que, en lo intelectual, el parentesco no se acusa tanto por la similitud, a menudo falaz, de los rasgos externos como por el ritmo armónico de las ideas, habrían hallado de seguro, aun sin el testimonio de la firma, la fraternidad que enlaza a las páginas de este libro con las inspiradas estrofas de “*A epopeia da planície*” o los impecables sonetos de “*Na corte da saudade*”. La poesía de la historia es cabalmente el gran hallazgo de la actual generación literaria hispanoportuguesa.

Cuando, en el curso de la segunda mitad del siglo XIX, se hubieron desacreditado los métodos especulativos, no ya sólo para las investigaciones científicas, sino hasta para las manifestaciones estéticas; cuando sabios y artistas escudriñaron con igual ahinco las entrañas de la realidad para sorprender en ellas verdades ignoradas todavía o formas nuevas capaces de producir la emoción de lo bello, sólo algún arte plástica, la pintura muy singularmente, prefirió en la busca de motivos de inspiración lo pasado a lo actual. El cuadro de historia ni fué ya, como en otros tiem-

pos, obra imaginativa, sino reconstrucción pacientemente documentada de realidades pretéritas. Novelistas y cuentistas, imbuidos por lo común del naturalismo, buscaron el modelo vivo, sin desdeñar siquiera el lacerado y repugnante siempre que lo hallaron ante sus ojos. Los poetas, a su vez, apartándose de los tópicos seculares de la inspiración lírica, encontraron temas inéditos en la ingenuidad rural de la comarca donde vivían, y nutrieron lo erudito con savia popular.

Ya a comienzos del presente siglo venía invirtiéndose esta dinámica, y hoy se puede afirmar que lo está totalmente. Prevalecen ahora en pintura el cuadro de género y el paisaje; gustan los narradores de dar a sus estudios de costumbres carácter casi documental para la futura historia interna del siglo XX; y los poetas, en cambio, parecen haber adoptado como divisa el *sunt lacrymae rerum virgiliano*.

Sintoma es éste por varios motivos alentador de halagüeñas esperanzas. Los dos pueblos peninsulares venían padeciendo, desde fines del siglo XVIII, el mimetismo degradante que en toda la escala biológica caracterizó siempre a los seres más débiles, y no los preservó casi nunca de la definitiva destrucción. Sobrevino hace ya tiempo la reacción contra tan monstruoso absurdo. Pensadores excelsos, cuyos nombres venerandos guarda piadosa nuestra memoria, persuadieron a las nuevas generaciones hispanoportuguesas de que el remedio a los males que padecíamos no se había de hallar en recetas exóticas, sino en las sabias lecciones de la propia tradición. Demostraron, además, que la Península es, en este punto, región privilegiada entre todas las del orbe, porque guarda en su historia caudal inagotable de provechósísimas enseñanzas. Portugueses y españoles se aplicaron entonces al concienzudo estudio de su pasado, y aun cuando la improba tarea no está sino comenzada, aun cuando los dos países padecen todavía las perturbaciones propias de la honda crisis espiri-

tual que están atravesando, la tónica general de los escritos que salen ahora a la luz pública, singularmente los autores jóvenes, permiten abrigar para un mañana quizá no remoto muy fundados y consoladores optimismos.

Antonio Sardinha, por ejemplo, no es sólo una autoridad cada día más respetada en el mundo hispánico; es también un caso típico, representativo de la gran mudanza que en estos trascendentales asuntos está operándose. Su primera formación intelectual fué tan anticastellana como la de cualquier exaltado regionalista español. Azares de la vida, que las vicisitudes políticas de su patria multiplicaron durante la primera juventud del autor, le trajeron a nuestro suelo, no como turista curioso y despreocupado, sino como huésped estable, deseoso de compartir cordialmente el pan y la sal, alimento del cuerpo, la idea y el verbo que nutren el espíritu. Tardó, pues, en amar a los españoles lo que tardó en conocerlos; y como "La alianza peninsular" es el fruto de esa emoción de su alma, en cada cual de las páginas de esta obra se siente vibrar la noble y pura mística del amor patrio, que, elevándose por cima de artificiosas fronteras geográficas, busca en la unidad espiritual de las gentes hispánicas, de las que fueron, de las que son y de las que serán, el vínculo que les permita algún día colaborar unánimes en la realización de sus comunes y gloriosos destinos.

El lector de este libro no ha menester de llegar al fin para convencerse, si no lo estaba ya previamente, de que la alianza peninsular, objeto durante siglos de tantas cavilaciones, planes, matrimonios, guerras y paces, fué desde sus comienzos, una cuestión política mal planteada.

El carácter patrimonial que la mentalidad de la Edad Media atribuía a los Estados condujo necesariamente a generalizar en toda Europa estos dos conceptos fundamentales para el derecho público de aquella época: Un Soberano es tanto mejor y más benemérito cuanto más acrecentada transmite a su sucesor la herencia de sus mayores. Los

únicos medios de enriquecer el patrimonio heredado son la conquista y la aportación matrimonial.

No es maravilla que la rudeza de aquellos tiempos ignorase el factor espiritual, decisivo, a la larga, en la suerte de los pueblos, y lo sustituyese con sutilezas juridicoteológicas para honestar abusos de la fuerza y violaciones de la fe jurada. Han transcurrido desde entonces varias centurias; acaba de reñir la Humanidad la más descomunal contienda que registran sus faustos, invocando precisamente el derecho de las colectividades políticas a disponer de sus destinos, y, sin embargo, es todavía harto notoria la distancia que separa la enunciación abstracta del apotegma y su realización efectiva en el mundo contemporáneo.

Portugueses y castellanos han afirmado perennemente en el curso de la historia, y no es verosímil que dejen de afirmarlo jamás en lo por venir, su voluntad decidida de mantenerse independientes. Aun en las épocas de mayor desmedro económico y militar de una de estas dos nacionalidades peninsulares, la superior fuerza de la otra se comprobó impotente para la conquista. Asimismo se frustraron siempre, por designio providencial unas veces, por la resistencia armada otras, ingeniosas combinaciones matrimoniales, enderezadas a reunir en una sola sien las coronas de entrambos países.

Fuera ramplonería, en que no incurrió de cierto ningún historiador digno de este nombre, atribuir fenómeno tantas veces renovado a odios mezquinos de vecindad o a groseras rivalidades de campanario. Cuando quiera que un alto interés común reclamó la colaboración castellanolusitana, juntáronse casi espontáneamente las armas, los esfuerzos, los designios políticos y los recursos económicos. Durante esos lapsos felices se patentizó, por añadidura, en ciencias, artes y letras la indeleble fraternidad étnica y el ópimo fruto que, bien entendida y practicada, puede ella rendir.

Tampoco fué el fenómeno singularidad occidental de la

Península. ¿Era acaso menos recia la personalidad de Aragón a mediados del siglo XV que la de Portugal antes o después de la Invencible? No, ciertamente. El matrimonio de dos Príncipes no habría bastado, de seguro, para unir con vínculo definitivo a Aragón y Castilla si las cualidades de Fernando e Isabel no hubiesen garantido a los dos pueblos la leal aplicación de la sagacísima fórmula del TANTO MONTA, y si los Reyes Católicos no hubiesen acertado, con el visible auxilio de la Providencia, a desviar la política de los cauces particularistas medioevales, abriendo otro nuevo mucho más hondo y capaz por donde fluyesen juntas las energías combinadas de todos los naturales del reino de España.

¿Por qué alcanzó Felipe II lo que no fué asequible, con títulos jurídicos harto más claros, al vencido de Aljubarrota? ¿Por la mayor extensión de sus dominios, pujanza de sus ejércitos y energía de su carácter? No; sino porque Portugal, sometiéndose al gran Monarca, no entendía ser confundido con Castilla, ni menos conquistado por ella; porque Portugal conservaba su personalidad histórica tan íntegramente como en vida de Don Sebastián y la asociaba gustoso a las de Castilla y Aragón, Flandes y Dos Sicilias, Navarra y Milán, para un designio político cuya magnitud hizo llevadero y hasta grato el sacrificio, en otros tiempos inaceptable, de renunciar a la dinastía propia y privativa.

El señor Sardinha, historiador tan competente como probo, no podía caer en el vulgarísimo vituperio contra la memoria de Felipe II; no podía ignorar tampoco que aun cuando sus personales defectos no hubiesen sido holgadamente compensados con notorias virtudes de caballero y de cristiano, los borraría, en todo caso, para las gentes bien nacidas del solar hispánico, su infinito amor de estadista, de rey y de hombre a lo que con neologismo anacrónico podemos llamar la España Grande. También para concordar conceptos, hay que distinguir los tiempos; y hecha esta salvedad, difícil será hallar en todas las gestas península-

res quien merezca con más títulos que Felipe II el dictado moderno de PATRIOTA.

Hijo de Carlos V, primogénito de la augustísima Casa de Austria, heredero natural de aquellos Emperadores que por derecho divino se arrogaban, en litigioso proindiviso con los Pontífices, el dominio del mundo, no se pudo desinteresar de las magnas cuestiones de la política europea continental de su tiempo, como pretenden los críticos chirles que juzgan sucesos del siglo XVI con mentalidad novecentista. Pero declinó deliberadamente la diadema imperial de Carlomagno, y aspiró a forjar otra nueva más deslumbradora y universal: la del gigantesco Imperio hispánico.

Desde los comienzos de la civilización, la Historia de la humanidad culta se había escrito en las márgenes del Mediterráneo, y la Edad Media no había sido, en este punto, sino la continuación embrollada y vacilante de la Edad Antigua. Pero novedades maravillosas científicas, económicas y políticas desplazaron el eje del Universo, y los espíritus sagaces adivinaban ya que el recién explorado mar tenebroso, el inmenso Océano Atlántico, ocuparía en la Historia, a la vuelta de algunos siglos, aquel mismo preeminente lugar que tuvo hasta entonces el codiciado mar latino. La hegemonía del mundo estaba, pues, hipotecada al poderío incontrastable en el Océano, que pertenecía de derecho a la raza peninsular, descubridora, conquistadora y civilizadora de las islas y tierra firme del Atlántico.

Felipe II abandonó de buena gana a un segundón, su tío Don Fernando, la herencia del pasado, reservándose tutelarle y protegerlo si de ello hubiese menester; pero quiso ser él quien asumiese la tarea ingente de lo por venir, y consagró su vida a ser, a un tiempo, Augusto y Carlomagno del venidero Imperio de Occidente.

Fracasó en su empeño Felipe II. Se malogró de este modo, temporalmente al menos, una gran parte de la misión histórica de nuestra raza. Pero el pensamiento político del gran Monarca no yace con él en las lobregueses de El Es-

corial; fué semilla bendita que germinó sepulta, que comienza ahora a rebrotar en preclaros entendimientos y que quizá fructifique mañana en explosión arrolladora de nobles corazones.

Frustrada la realización de aquel ideal que había hecho grata la convivencia fraternal de portugueses y castellanos, no podía ella subsistir mucho tiempo; y lo que aconteció en 1640 hubiese sobrevenido indefectiblemente poco más tarde, aun cuando se trocaran los papeles históricos de Richelieu y Olivares, aun cuando se hubiese decidido a favor de los Austrias su duelo secular con los Borbones.

Esta es, lector, la gran lección que viene hoy a reforzar con argumentos inéditos el libro de Antonio Sardinha. La alianza peninsular, nuncio venturoso del fecundísimo concierto entre todas las gentes hispánicas de Europa y América, no será jamás posible mientras no haya arraigado en las entrañas de la raza un altísimo ideal, sofocador de prevenciones y suspicacias, del recuerdo de recíprocos agravios e injusticias, de la incomprensión mutua, del legítimo orgullo y la mezquina vanidad; es decir, mientras lo que nos junte no valga y pese más que lo que nos separa.

Quienes acogen ahora con escéptica sonrisa la previsión de ese mañana espléndido; quienes traducen de otros idiomas tesis, a menudo contradictorias, de irremediables decadencias occidentales o simplemente hispánicas, no son siempre hombres de poca y mala fe. Los hay también patriotas y creyentes, aquejados, por desgracia, de aguda miopía mental. Cierto que las dos naciones peninsulares pasan hoy, como todas las de Europa, por el trance crítico de haber de revisar su Estatuto interno, y que, persuadidas de la ineficacia de las fórmulas legales vigentes, no han hallado todavía otras sucedáneas capaces de reemplazar con ventaja a las caducas. Cierto asimismo que mientras no se restablezca en Portugal y en España la normal salud interior, sería vano y quizá, además, contraproducente, cualquier dinamismo más allá de las fronteras pro-

pías. Pero la intensidad misma de la crisis actual presagia inmediato su término, y si en verdad lo alcanzamos feliz, parecerá asequible y hasta fácil lo que en estos tiempos menguados se antoja a muchos cándidamente utópico.

Acaso no alcance a verlo la actual generación hispano-lusitana; quizá esté condenada a servir de víctima expiatoria para rescate de la venidera. No será, ciertamente, Antonio Sardinha de los que protesten contra tan cruel destino, porque tiene bien demostrado que conoce y practica la virtud de la inmolación. Historiador y poeta, sabe y siente la grandeza de quienes mueren, como Moisés, a la vista de la Tierra prometida.

GABRIEL MAURA GAMAZO

Junio, 1924.

DEFINIENDO POSICIONES

(Conversación preliminar.)

Cuando Beckford se paseaba por las novenas y los sa-raos de la Lisboa de Doña María I, ya aparecían patriotas declamando ansiosamente que no tardaríamos en ser reducidos a una simple provincia española. Es ésa la tara más grave del patriotismo portugués—tara que, disminuyendo y ocultando todo lo que hay de universal en nuestro genio, parece instituir, como condición fundamental de nuestra independencia, un odio profundo, un odio ciego, un odio irracional a España. Porque si, naturalmente, en nuestra crisis de formación y desenvolvimiento, tuvimos que luchar, y luchar bravamente, con la hegemonía absorbente de Castilla, no es menos cierto también que todo cuanto de humano existe en nuestra historia—descubrimientos, colonización del Nuevo Mundo, defensa de la civilización occidental—, no hubiese sido posible, si al lado del brazo lusitano, con la misma idealidad por bandera, no se encontrase el brazo castellano en aquel consorcio admirable de que Camoens, en *Os Lusíadas*, es el eco soberbio e involudable.

Es hoy moda de gente culta citar a Oswald Spengler y sus teorías acerca de la decadencia de Occidente. Pues el mismo nada sospechoso Spengler, a la par de los respon-sos que fatídicamente entona sobre el destino de los pue-